

Julio Antonio Mella como personaje literario

Carmen Galindo

¿Por qué algunos personajes atrapan la imaginación de la gente? García Lorca, que lo conseguía a diario, daba una respuesta tan encantadora como poco científica: el duende. Hay quien lo tiene y quien no. Ni siquiera tiene que ver con el talento. Sor Juana lo tenía, y sin duda lo tenía Manuel Acuña, aunque no son poetas del mismo nivel, por más que a mí, lo confieso, sí me gusta lo de “¡Pues bien!, yo necesito decirte que te adoro”. Sor Juana, que se transparenta en Doña Leonor, la protagonista de *Los empeños de una casa*, dice sin la menor modestia: “Era de mi patria toda la deidad más adorada”. Entre los cubanos lo tienen, sin duda, Nicolás Guillén y José Martí. Lo tiene, y aquí entro en materia, Julio Antonio Mella. Personas que, por diversas razones, no siempre misteriosas, se convierten en leyendas. Mella, en su breve vida y tal vez por eso mismo, llega a ser personaje literario.

En el capítulo IX de *Paradiso*, la novela lírica de José Lezama Lima, José Cemí, en su viaje iniciático de artista adolescente, se encamina a la Universidad y describe así al dirigente estudiantil que no es otro que Julio Antonio Mella: “Llegó al grupo una figura apolínea, de perfil voluptuoso, sin ocultar las líneas de una voluntad que muy pronto transmitía su electricidad”.¹ La caballería, la fuerza represora contra los estudiantes, es caracterizada por Lezama tendenciosa y justicieramente con nombres de animales repugnantes: ratas, cucarachas, alacranes.

Usaban unas capas carmelitas, color de rata vieja, brillantes por la humedad en sus iridiscencias, como la caparazón de las cucarachas. Hacían vibrar sus espadas en el aire, saltando un alacrán por la sangre que pasaba al acero. Su sombrero de caballería lo sujetaban con una correa, para que la violencia de la arremetida no los dejase en el grotesco militar de la testa al descubierto.²

No contento con la descripción, Lezama Lima vuelve a la carga con la precisión que nos aclara el porqué le llama Apolo:

¹José Lezama Lima, *Paradiso*. Ed. crítica. Cintio Vitier, coord. México, SEP/UNESCO, 1988, p. 224.

² *Idem*.

El que hacía de Apolo, comandaba estudiantes y no guerreros, por eso la aparición de ese dios, y no de un guerrero, tenía que ser un dios en la luz, no vindicativo, no obscuro, no ctónico.³

El jefe de la caballería ordena la persecución “al estudiante que volaba como impulsado por el ritmo de la flauta”.⁴

166

En realidad, Lezama Lima está describiendo la manifestación estudiantil del 30 de septiembre de 1930, en la que participó el futuro poeta, sin embargo, no cabe duda de que está evocando a Julio Antonio Mella, tal como lo vislumbró años antes. Si creemos que el autor, dudo si decir se oculta, o se revela, tras su protagonista, José Cemí, podemos saber con certidumbre cómo se sentía Lezama al descubrir, en 1925, la figura de Mella: “Aunque había sentido la mágica imantación de la plaza, de los grupos arremolinados en el parque, de la retirada envolvente hacia el mar, estaba como en duermevela entre la realidad y el hechizo de aquella mañana”.⁵

Menos cercano a la poesía y más apegado a la prosa novelística, Alejo Carpentier le confiere una dimensión más política. El verdadero antagonista del Primer Magistrado en *El recurso del método* es el Estudiante. Carpentier mismo confía a una entrevista que

ese personaje representa a la juventud estudiantil [...] el diálogo del estudiante con el Primer Magistrado está enteramente basado en artículos, conversaciones, hechos, que mostraron la determinación de la juventud latinoamericana frente al arrastre de las anacrónicas y absurdas dictaduras que todavía se prosiguen en nuestro continente.⁶

Al ser interrogado directamente sobre si el modelo del personaje podría ser Rubén Martínez Villena, responde puntual: “No es un retrato exacto de Rubén. Yo he mezclado varias declaraciones y actitudes de dirigentes estudiantiles”.⁷ Esta mezcla es típica del proceso creativo en Carpentier. Al hablar del dictador de *El recurso del método*, asegura que “los ingredientes de mi personaje serían: un 60 por ciento de Machado; un 20 por ciento de Chapita y de Estrada Cabrera; un 15 por ciento de Porfirio Díaz, y si acaso, un cinco por ciento de Guzmán Blanco”.⁸

³ *Idem.*

⁴ *Ibid.*, p. 225.

⁵ *Ibid.*, p. 228.

⁶ Ramón Chao, *Conversaciones con Alejo Carpentier*. Madrid, Alianza, 1988 (El libro de Bolsillo), p. 115.

⁷ *Ibid.*, p. 116.

⁸ *Ibid.*, p. 115.

Para mostrar que Mella también actúa como modelo, baste citar que el propio Carpentier lo considera el Estudiante por definición:

Y Julio Antonio Mella era el admirable líder estudiantil. (Diré de él, sencillamente, y ahí está dicho todo, que en el año 1925 fundaba ya con un grupo de obreros, con el veterano luchador socialista Carlos Baliño, el Partido Comunista de Cuba.) Y Rubén Martínez Villena, hombre que abandonó decididamente la poesía un día, para consagrarse exclusivamente a la lucha por la liberación social de su pueblo y que murió pocos meses después de haber culminado lo que sería su gran obra. Ese hombre débil, endeble, más poeta por temperamento, aparentemente, que luchador, llevando una verdadera lucha de David contra Goliat, fue el factor decisivo en el derrocamiento y la fuga del dictador Gerardo Machado en el año 1933.⁹

167

En el capítulo fuera de serie en que asistimos al duelo mental, que no verbal, porque estamos en un contrapunto ideológico dentro de la cabeza de los antagonistas, entre el Estudiante y el Primer Magistrado, no cabe duda de que la descripción física del Estudiante corresponde al aspecto de Martínez Villena y no al atlético de Mella e incluso la confesión de parte de Carpentier sobre que varió la frase real contra Machado de “asno con garras” por la de “caballo de Calígula” insiste en Martínez Villena, pues es a él a quien se atribuye esta frase. Sin embargo, se sabe que Carpentier procede con mezclas de personajes, como se aprecia en sus palabras sobre el dictador, y en última instancia, en dos citas anteriores. En una, Mella aparece como una encarnación del líder estudiantil y en la otra, en que explícitamente sostiene que su personaje no es exactamente Rubén Martínez Villena, sino la juventud estudiantil de entonces, incluido, no me cabe duda, el propio autor.

Pero que Carpentier tiene en mente a Mella se prueba, además, con que Mella en persona, con su nombre, aparece en una estación de tren de París, rumbo a Bruselas para participar en el Primer Congreso Anticolonial y Antiimperialista, de 1927, presidido en la vida real, históricamente quiero decir, por Henri Barbusse y al que asistieron Mella y Nehru, quienes, por obra y sobre todo gracia de Carpentier, se encuentran con el Estudiante en el mismo vagón de tren y mientras Nehru lee sus papeles en un rincón, Mella y el Estudiante conversan y coinciden en sus apreciaciones políticas.

Los marxistas, al contrario de lo que rumora el anticomunismo, nos han dejado una buena cantidad de metáforas memorables. Cuando Ludovico Silva estudia el estilo literario de Marx establece que la estructura y la superestructura son metáforas. Trotsky nos dejó la malhadada Iglesia roja y Lenin

⁹ Alejo Carpentier, “Un camino de medio siglo”, en *Obras completas*, vol. 13, *Ensayos*. México, Siglo XXI, 1990, p. 149.

acuñó la de que tras cada huelga se oculta la hidra de la revolución; pues bien, Carpentier tiene buen cuidado de decirnos una y otra vez que la policía y los espías del Primer Magistrado no pueden precisar el rostro del Estudiante y esto se debe a que, a despecho de que podamos rastrear en el personaje a Rubén Martínez Villena, a Julio Antonio Mella o al mismo Alejo Carpentier, metafóricamente, lo que el novelista nos quiere decir es que los líderes de una revolución son como la hidra: se corta una cabeza y surge otra, por eso la ubicuidad del Estudiante, por eso sus mil rostros, por eso sus múltiples acciones, por eso la huelga general, por eso la derrota del dictador.

168 Elena Poniatowska elige relatar la dramática muerte de Mella, asesinado, del brazo de Tina Modotti, en las calles de Abraham González de la ciudad de México el 10 de enero de 1929, cuando apenas tenía 25 años. Este texto constituye una novela por sí misma e inicia la magna obra que lleva por nombre *Tinísima*, heterodoxo aumentativo que en la imaginación de la autora emplea Mella para expresar su pasión por la bella italiana.

Como acostumbra Poniatowska, su indagación de la realidad es exhaustiva. Lo averigua todo. No olvida ni desperdicia detalle. Que si Mella es hijo de irlandesa, que si su padre dominicano es el mejor sastre de La Habana, que si es un remero consumado, que si su cuerpo es atlético, que si usa sombrero, que si era casado, que si Gustavo Aldereguía le salvó la vida durante la huelga de hambre, que si su nombre era otro. No olvida nada: sus seudónimos en la revista *El Machete*, su legendaria visita al barco soviético Vatslav Vorovski. No se piense por eso que Poniatowska no despega de la realidad; apoyada en la intuición, el nombre femenino de lo imaginario, levanta el vuelo de la ficción. La famosa frase sobre Machado ahora la dice él en los últimos minutos de su vida, poco antes del legendario “Muero por la revolución”.¹⁰ “Ves, Tinísima, ese asno con garras que gobierna Cuba me considera más peligroso aquí que en La Habana”.¹¹ Inventa, crea con palabras la intimidad de la pareja, lo que no consta en actas.

No quisiera extenderme en este aspecto, pero Elena Poniatowska es la única, junto con José Revueltas, que ha llevado a la ficción a los comunistas mexicanos que tan importantes han sido en la historia de la cultura nacional y en general en la historia del país. Me refiero a sus evocaciones del Canario Gómez Lorenzo, el Ratón Velasco, Evelio Vadillo, Juan de la Cabada, Xavier Guerrero, Diego Rivera, Gachita Amador, Concha Michel. Todos retratos pintados al natural, pero con la imaginación de la artista.

Y el mejor ejemplo de que eleva la realidad a la ficción es precisamente el retrato del héroe adolescente. En *Tinísima*, Mella tiene un *leit motiv* que lo

¹⁰ Elena Poniatowska, *Tinísima*. México, Era, 1992, p. 10.

¹¹ *Idem*.

acompaña. La novelista lo recupera, primero, como dirigente estudiantil en Cuba: “El pelo crespo de Mella se insubordinaba; el traje, mejor cortado que el de sus compañeros, le caía bien de los hombros a las largas piernas y por los puños de la camisa de seda escapaba la llama de sus manos”,¹² y unas líneas más tarde, la escritora insiste y concluye, yo diría, como corresponde al personaje, de modo casi épico: “Mella tenía dieciocho años. Al mirar sus ojos incendiados, el Chino Zayas¹³ supo que lo recordaría muchos años. La imagen le produjo insomnio. ‘Parece una pira’, se dijo, ‘no le importa quemar su propia vida’”.¹⁴

En la despedida a Mella, añade un detalle que quizá provenga de la realidad (o no), pero que con mano maestra la escritora recupera una vez más: “Muchos quieren llevar el féretro en hombros. Tina nota que Gachita abraza un ramo de claveles rojos, tan grueso que apenas puede sostenerlo, y empieza a repartir manojos encarnados que salpican de fuego el cortejo”.¹⁵ Esta última frase “y empieza a repartir manojos encarnados que salpican de fuego el cortejo”, muestra, de paso, que la intención muralista de la narradora no riñe con la técnica del miniaturista.

Y a la vuelta de la página nos recibe esta precisión: “En Dolores,¹⁶ trece banderas rojas rodean la fosa recién abierta”.¹⁷ No es necesario añadir que el rojo es el color emblemático de la revolución, que es el de la bandera de la hoz y el martillo como lo es de la huelga proletaria, es, claro, el del incendio, el de la pira, como lo es de la pasión y del martirio: “Rafael¹⁸ quita del ataúd la bandera que cubrió a Mella y los empleados de la funeraria comienzan a bajarlo con anchas cintas corredizas. Tina entonces tira su clavel a la fosa y una avalancha roja incendia el féretro”.¹⁹

Por una afortunada coincidencia, los escritores que se ocupan de convertir en personaje literario al hombre que se llamó Nicanor Mac Partland y que la historia conoce como Julio Antonio Mella son todos de primera línea: Lezama, Carpentier, Poniatowska. Para uno es un apolo, un dios solar; para otro, como fuerza social, tiene muchos rostros, los de la hidra de la revolución; para la novelista mexicana es un doble incendio, el del amor y la pasión revolucionaria.

¹² *Ibid.*, p. 20.

¹³ Alfredo Zayas, apodado El Chino, presidente de Cuba en ese entonces.

¹⁴ E. Poniatowska, *op. cit.*, p. 21.

¹⁵ *Ibid.*, p. 54.

¹⁶ El panteón Dolores.

¹⁷ E. Poniatowska, *op. cit.*, p. 56.

¹⁸ Rafael Carrillo Azpeitia, dirigente del Partido Comunista Mexicano.

¹⁹ E. Poniatowska, *op. cit.*, p. 56.

